

# 04. La imagen pública de José E. Rodó: estrategias de un enunciador universal

## *The José E. Rodó's public image: strategies of a universal enunciator*

DANIEL MAZZONE  
Universidad ORT Uruguay  
Montevideo, Uruguay  
damazzone@gmail.com

*Letra. Imagen. Sonido* L.I.S. Ciudad mediatizada  
Año VIII, #16, Segundo semestre 2016  
CABA ARG | Pág. 72 a 89  
Fecha de recepción: 22/05/2016  
Fecha de aceptación: 03/07/2016

Un artículo académico dedicado a un intelectual que falleció hace 99 años se justifica si algo de lo suyo permanece. Rodó fue una voz de alcance continental que se apoyó en el magisterio de Juan María Gutiérrez y propuso una idea de Iberoamérica, una superación del paradigma civilización o barbarie, gestado por la generación de 1837, e impulsó el sistema democrático como un modo de vida. Diarios, epístolas, libros y la acción parlamentaria fueron sus vehículos discursivos. Aquí se sostendrá la hipótesis de que sus ideas mantienen vigencia porque sus temas no se han debatido satisfactoriamente en la región.

*Palabras clave: Comunicación ~ Iberoamérica ~ Civilización  
o Barbarie ~ Generación de 1837*

*A paper dedicated to an intellectual who passed 99 years ago, only makes sense if his work remains vigorous. Rodó was a voice of international reach who proposed an idea of Iberian America, based on the teaching of Juan María Gutiérrez, overcoming the paradigm Civilization vs. Barbarism, created by the Generation of 1837 in Argentina. He was a promoter of the democratic system as a way of life. Newspapers, epistles, books and parliamentary action were the vehicles of his discourse. This article defends the hypothesis of his issues still being valid, because our region never has discussed them seriously.*

Keywords: Communication ~ Iberian America ~  
Civilization vs. Barbarism ~ Generation of 1837

## I. Inflexión del pensamiento iberoamericano

La construcción del discurso de Rodó abarca los 22 años que van desde 1895 —cuando fundó la Revista Nacional de Artes y Letras— a 1917,

en que murió a los 45 años, mientras cubría la primera Guerra Mundial para la revista argentina *Caras y Caretas*. Su ciclo abarcó campos disciplinarios no del todo configurados en su época, como la comunicación, los estudios culturales y la filosofía de la historia, y también el pensamiento filosófico y político, la crítica literaria y el periodismo, donde fue un impulsor de la llamada crónica latinoamericana.

Le tocó un período de transición desde el punto de vista mediático, en que los grandes diarios se consolidaban a la par de la sociedad industrial, mientras la radio maduraba su futura presentación en sociedad, como el vehículo de la inmediatez discursiva.

Este artículo, cuyo objeto es la construcción de la imagen pública de José E. Rodó, se propone describir las características de su actuación, como una vía para poner de manifiesto el desfase entre cierta resonancia de su nombre en el pensamiento latinoamericano, mientras ni su obra ni su imagen decantaron en la comprensión colectiva. Se sostendrá la hipótesis de que los temas tratados por Rodó no han merecido aun debate académico sistemático en la región.

Rodó se estudia más en el exterior que en la propia academia uruguaya. Una de las voces más afirmativas, la del filósofo chileno Eduardo Devés Valdez, señala: “Rodó es clave y su *Ariel* es un símbolo, por ello divide el antes y el después mucho más que Martí, Groussac o el mismo Darío, cuya presencia en las ideas es relativamente menor” (DEVÉS VALDEZ, 2000:35).

La discursividad de Rodó se desarrolló a contracorriente, en un contexto de recepción indiferente y con frecuencia hostil, con elites locales y regionales que optaron por confiar en la prolongación indefinida de unos éxitos económicos que homologaban a nuestros países con el mundo desarrollado, antes que atender las incómodas advertencias que instaban a pensar el largo plazo.

Rodó dirigió y dedicó su discurso a los jóvenes, a quienes responsabilizó de su propio destino:

“Existen en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime a golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre

fue un glorioso símbolo de América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros” (OBRAS COMPLETAS, 1967: 245).

Otro pasaje particularmente lúcido en que se refiere a los jóvenes, lo muestra como un verdadero adelantado a la comprensión de ciertos parámetros de nuestra contemporaneidad: “Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos” (OC, 1967: 212).

A continuación, se exponen las tres propuestas que estructuran y ordenan la discursividad de Rodó. Luego se narrarán dos situaciones polémicas que protagonizó a través de los diarios, para finalmente, cerrar con el conflicto que lo llevó al cenit de su carrera política, al tiempo que lo condujo al ostracismo y la muerte.

## II – La ambición de una propuesta enunciativa

### II.1 Una idea de Iberoamérica

La primera y más universal de tres propuestas macro que vertebran la concepción de Rodó, consistió en su idea de Iberoamérica como algo distinto de Europa y los Estados Unidos, los dos modelos exitosos al comenzar el siglo XX. A los 28 años, cuando publicó *Ariel*, Rodó se propuso comprender por qué, cien años después de su independencia política, la región seguía viviendo con sus conflictos a flor de piel.

Hasta ese momento existían propuestas parciales y aisladas, como el célebre apotegma sarmientino: gobernar es educar o el alberdiano: gobernar es poblar. Pero ambos tendían a imitar los modelos exitosos de los Estados Unidos, Inglaterra o Francia. A estas recomendaciones de educar imitando o poblar importando “civilización”, Rodó le opuso buscar la originalidad de los “pueblos nuevos”.

Un componente troncal de su idea de Iberoamérica, era precisamente el asumir el pasado español, sin renegar ni renunciar a la crítica. Según Rodó, la separación política no tenía por qué significar darse la espalda con el imperio bajo el cual las ex provincias hispanoamericanas habían vivido más de tres siglos. Ese debate continúa inconcluso, y a España se la sigue negando o aceptando en bloque, sin crítica ni discernimiento. Los hispanoamericanos no hemos sintetizado qué de lo español vale la pena conservar, de qué deberíamos despojarnos y qué nos falta y deberíamos incorporar. Apenas nos manejamos con generalizaciones burdas, aceptaciones obvias, como la de la lengua común, o rechazos ramplones basados en presunciones sin evidencia próximos a la hispanofobia.

Rodó es concluyente: España es el componente dominante del pasado (además del indígena, de incidencia menor), y por tanto el canal cultural en el que fuimos constituidos, individual y colectivamente. Esta es una cuestión clave en la concepción rodoniana y para cualquier debate actual que conduzca a interpretar los orígenes hispano e iberoamericanos.

Rodó dotó a una región nueva en la historia de una cierta visión identitaria, y de una preocupación todavía no concretada por pensar esos orígenes. Y lo hizo de un modo más acabado que la brillante generación rioplatense de 1837, que evidentemente no se pensó a sí misma con una identidad propia, sino como una continuación —las imitaciones en definitiva lo son— ya de Europa, ya de los Estados Unidos. Aquella generación —con la gran excepción de Juan María Gutiérrez— subestimó el pasado cultural hispánico y superpuso a la ruptura política, la ruptura cultural.

De la brillante generación de 1837, el gran referente intelectual para Rodó fue Juan María Gutiérrez (1809-1878) de quien decía: “Sólo en nombre de Alberdi podría disputársele, entre los escritores de su tiempo, el más completo dominio de esa función de análisis y reflexión” (RODÓ, OC: 690). A Sarmiento, en cambio, lo veía “poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante” (RODÓ OC: 590).

Rodó integró un núcleo importante de americanistas como Rubén Darío, Manuel Ugarte, Paul Groussac, o José Vasconcelos, entre otros, pero ninguno de ellos fue discursivamente tan lejos como él en su búsqueda de la originalidad, que cifraba en tres énfasis: la unidad espiritual de Iberoamérica; su reconocimiento crítico del pasado español; su distancia crítica de los Estados Unidos. En este aspecto, Rodó eludió el antinorteamericanismo virulento y superficial, al estilo de Rubén Darío o Groussac.

¿Qué significaba en 1900, sostener que Iberoamérica era algo distinto de Europa y los Estados Unidos?

Desde lo fáctico, nada definitivo ni sustancial; no era una idea que pudiera estar a consideración de la elite política iberoamericana. Pero de hecho desafiaba —es lo que hacen las ideas cuya novedad expresan al postularse— toda una historia de imperios y poderes dominantes; invitaba a pensar con seriedad el destino común que habían imaginado los héroes derrotados en el proceso independentista.

De hecho, en los cien años posteriores, el mundo se encargó de recordarle con brutalidad a cada país iberoamericano, su vulnerabilidad y falta de independencia para adoptar decisiones autónomas. En cada foro en que se debatieron pronunciamientos políticos referidos a acontecimientos, los votos de nuestros países, así como el contenido de esos pronunciamientos quedaron condicionados por los intereses de los poderes fácticos que determinaron el rumbo del mundo en el siglo XX. Las Américas hispana y lusitana no supieron, no quisieron o no pudieron construir una influencia que fuera convocada para otra cosa que para acompañar decisiones ya adoptadas en los centros de poder. Haberse anticipado a plantear este punto a escala iberoamericana es el mayor aporte de Rodó en el plano más universal de su obra. El siguiente fragmento es de un texto de 1910 que tituló precisamente Iberoamérica:

“No necesitamos los sudamericanos, cuando se trata de abonar esta unidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llamarnos latinoamericanos para levantarnos a un nombre general que nos comprenda a todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más íntima y concreta: podemos llamarnos ‘iberoamericanos’, nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas (España y Portugal) (...) Más de una vez, pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido a considerar las líneas majestuosas de esos dos grandes ríos del Continente: el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Norte y el rey de la cuenca hidrográfica del Sur, ambos rivales en las magnificencias de la Naturaleza y en los prestigios de la leyenda y de la historia, y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar o un río lo que tenían delante, pudieron a ambos ríos

el mismo nombre hiperbólico: 'Mar Dulce' llamó Yáñez Pinzón al Amazonas, y el 'Mar Dulce' también llamó al Plata Díaz de Solís (...). Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales, nacidos del corazón de nuestra América y que se reparten, en la extensión del continente, el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los lusoamericanos y los hispanoamericanos, los portugueses de América y los españoles de América; venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios; confundiendo y entrecruzándose a menudo en sus exploraciones y conquistas, como a menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos e impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su historia, como ellos serenan al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter, en el Océano inmenso del espíritu humano, amargo y salobre con el dolor y el esfuerzo de los siglos, su eterno tributo de aguas dulces: ¡las aguas dulces de un porvenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la grande amistad de los hombres!" (OC: 689-690).

## II.2 Superar el paradigma civilización o barbarie; buscar el estilo propio

El paradigma civilización o barbarie, enunciado por Sarmiento en el *Facundo* (1845), fue constitutivo y por tanto fundacional de Hispanoamérica. Implicaba sostener que el nuevo conjunto de naciones surgido de las independencias del imperio español debía "civilizarse" para abandonar el estado de "barbarie", imitando el camino de los países exitosos.

El concepto de civilización que se manejaba en el siglo XIX ya había cambiado en 1845, según Fernand Braudel, pero el cambio no había llegado a estas costas, o al menos no a conocimiento de Sarmiento. Según Braudel,

“hacia 1819, la palabra ‘civilización, hasta entonces entendida en singular, se pluraliza (...) el empleo del plural corresponde a la desaparición de un cierto concepto, a la progresiva eliminación de la idea, propia del siglo XVIII, de una civilización confundida con el progreso en sí, y que se reserva para unos cuantos pueblos civilizados, por no decir para unos cuantos grupos humanos, para la elite (...) por ejemplo, hoy día preferimos decir, en el sentido lingüístico, que una acción abominable es un crimen contra la humanidad y no un crimen contra la civilización. Y es que el lenguaje moderno se muestra reticente con respecto al empleo de la palabra civilización, en su antigua acepción de excelencia, de superioridad humana” (BRAUDEL, 1994: 15).

No hubo consenso durante el siglo XIX; tampoco mayorías abrumadoras que acompañaran ese planteo discriminatorio. El violento período de la historia rioplatense que va de 1828 a 1870, que abarca la gestación de la República Oriental del Uruguay en la Convención Preliminar de Paz de Río de Janeiro, la batalla de Caseros con la caída de Rosas (1852), la batalla de Pavón (1861) en Argentina, la Guerra Grande (1839-51) en Uruguay hasta la Guerra contra el Paraguay (1865-70), opuso a dos bandos —unitarios y federales en Argentina; Colorados y Blancos en Uruguay— que expresaban los dos polos de aquella contradicción. Unitarios y Colorados impulsaban la alianza con las potencias europeas, llegando inclusive a autorizar su intervención en los asuntos internos de los países rioplatenses. Federales y nacionalistas blancos, por su parte, enfrentaron la intervención europea, al punto de que analistas como Luis Alberto de Herrera (1872-1958), señalaron al período 1838-1851, como el de la primera guerra entre América y Europa.

Rodó, al sostener que nuestros pueblos no eran bárbaros sino “nuevos”; quizá primitivos pero no salvajes ni necesitados de una cultura civilizatoria extranjera, proponía la sustitución de aquel apotegma fundacional. Nuestros pueblos sólo se necesitaban a sí mismos; debían realizar el más exigente ejercicio de estilo, el que conduce a buscar y ejercer la propia originalidad.

Rodó no sintetizó su doctrina con la contundencia del eslogan, pero esta puede seguirse con claridad a través de sus textos. Más admirador de Europa que de los Estados Unidos, escribió —en el apartado V de

*Ariel*— una crítica severa sobre las condiciones de la vida en ese país a finales del siglo XIX. El énfasis negativo —raro en Rodó— con una frase extrema como “aunque no les amo, les admiro” —aún menos propia de su ideario— puede entenderse, si bien no justificarse, a partir de que los Estados Unidos no habían alcanzado aún su mayor despliegue tecnológico e industrial, y por el contrario, dos años antes de *Ariel*, en 1898, habían irrumpido en la arena internacional con la guerra de España, apropiándose de Cuba y Puerto Rico en el Caribe y de Filipinas y Hawai, en el Pacífico.

En un texto de 1915, cuyo fragmento se transcribe más abajo, Rodó lleva a su máxima expresión su oposición al paradigma sarmientino, al sostener que el magno problema de Hispanoamérica se inscribe en la subestimación y desconocimiento de sus tradiciones, en su ruptura abrupta con el pasado. A ello se deben, según Rodó, las indecisiones y vacilaciones de nuestros países, que abandonaron el modelo conocido para abrazar otros “casi exclusivamente extraños, así en lo intelectual como en lo político”. *La tradición de los pueblos hispanoamericanos*, se publicó en *La Prensa*, de Buenos Aires, en 1915.

“Revolucionario fue el origen de la independencia norteamericana, pero ella fundó un régimen de instituciones que era el natural y espontáneo complemento de la educación colonial, de las disposiciones y costumbres recibidas en herencia. En la América española, la aspiración de libertad, concretándose en ideas y principios de gobierno que importaban una brusca sustitución de todo lo habitual y asimilado, abrió un abismo entre la tradición y el ideal. La decadencia de la metrópoli, su apartamiento de la sociedad de los pueblos generadores de civilización, hizo que para satisfacer el anhelo de vivir en lo presente y orientarse en dirección al porvenir, hubieran de valerse sus emancipadas colonias de modelos casi exclusivamente extraños, así en lo intelectual como en lo político, en las costumbres como en las instituciones, en las ideas como en las formas de expresión. Esa obra de asimilación violenta y angustiosa fue y continúa siendo aún el problema, el magno problema de la organización hispanoamericana. De ella procede nuestro permanente desasosiego, lo

efímero y precario de nuestras funciones políticas, el superficial arraigo de nuestra cultura” (OC: 1203).

En el próximo tramo, los aportes de Rodó a la construcción de la democracia en Uruguay.

### **II.3 Construir el enunciario ciudadano: unir el país dividido**

Un tercer plano local completa la enunciación de Rodó, quien escribía en una Iberoamérica en desasosiego, y un Uruguay dividido de hecho en dos Estados: el del interior, donde regía el Partido Nacional y el de la capital, con el Partido de Gobierno (Colorado). Aquella institucionalidad frágil y vulnerable, reproductora de inestabilidades varias, imponía una reforma constitucional que los primeros constitucionalistas de 1828-30 se habían encargado de dificultar. Habían impuesto tres administraciones sucesivas de 4 años cada una, para modificar la carta constitutiva (una que la propusiera, otra la discutiera y una tercera la aprobara).

Recién en 1919 se pudo aplicar la primera reforma a la Constitución de 1830. Habían pasado 89 años y nada quedaba del país que la “aprobó”; un país “sin escuelas, casi sin comercio, sin más industrias que las del sebo, la corambre y el charque; sin periódicos, sin una carretera y sin más cultura que la poseída por medio centenar de hombres, el Estado oriental se constituyó con una población de setenta mil habitantes dispersada en casi 300 mil kilómetros de territorio” (Luis E. Azarola Gil, citado por CARLOS REAL DE AZÚA, 1991: 457).

En 1919 el país superaba largamente el millón de habitantes (1.042.686 en 1908), lo que indica un aumento poblacional respecto a 1830 del orden del 1.300 por ciento. Han sido este tipo de desfases entre instituciones anacrónicas y crecimientos demográfico y económico explosivos, los que han operado desacelerando primero y neutralizando después los impulsos vitales cuyo ímpetu anunció o prometió un desarrollo que finalmente no llegó.

El Uruguay de 1900 necesitaba reformas políticas y formar ciudadanos y con esa hipótesis enunciativa, Rodó fue el gran impulsor de la reforma constitucional, que abordaré más adelante, a la par que un inspirador de la democracia en Uruguay. Lo ilustra con claridad su discurso del 6 de abril de 1903 en la Cámara de Diputados, en su primera legislatura, a los 31 años:

Yo voy a tratar esta cuestión de un punto de vista general; y antes que la Cámara entre a pre-

ocuparse especialmente de las condiciones de esta ley de amnistía, yo quiero decir algo sobre lo que tiene esta cuestión de político; porque es indudable que la sanción que nosotros prestemos a esta ley de amnistía y olvido, será la forma o expresión con que se manifieste nuestro asentimiento a la paz que acaba de realizarse (...) es que este hecho de la paz, como resultado de un pacto, tiene una trascendencia política que en concepto de muchos —en concepto de la opinión pública quizás— significa la renovación, y aun la renovación indefinida, de un estado de cosas que todos considerábamos esencialmente provisional, que todos reconocíamos como subsistente todavía, y con derecho a subsistir, pero también como próximo a tocar a su desenlace, dentro de los medios indicados por las instituciones: dentro del ejercicio de las actividades cívicas de los partidos, resolviendo, en lucha pacífica, sus rivalidades, al amparo de la libertad (...) Señor presidente: de una manera más o menos tácita, más o menos expresa, y, si no en la integridad de sus condiciones, en espíritu por lo menos, ha sido renovado el Pacto de la Cruz (Nota de R: se refiere a un pacto de 1897, o sea 6 años antes, suscrito entre los dos partidos Nacional y Colorado). Este es el hecho; y debemos agregar que, sin ello, no hubiera sido posible llegar a la consecución de la paz (...) Pero es necesario no olvidar, señor Presidente (que) la piedra angular —podría decirse— de aquel acto de reconciliación cívica, fue la promesa que se hizo al Partido Nacionalista de garantizar el ejercicio de la libertad electoral siempre que los partidos concurren a la lucha de las urnas; y todas las otras cláusulas y condiciones no tuvieron, en rigor, otro carácter que el de garantías afectadas al cumplimiento de aquella cláusula suprema, cumplida o satisfecha la cual, era lógico suponer que las demás caducaran por su base. Es menester reconocer, señor Presidente que, desde entonces, no se han verificado en el país elecciones generales

que se encuentren en tales condiciones, debido a la renovación de los acuerdos que yo también he contribuido a votar, dentro de mi partido, en circunstancias en que creí que eran para él una necesidad angustiosa, debido a culpas y errores que ahora no es oportuno entrar a precisar (...) Nadie ignora que anda flotando ya en la atmósfera una idea que, en determinado momento, puede tomar contornos, concretarse. Vaticino que se concretará. Es la idea de que este pacto trae consigo, como consecuencia lógica, la idea de un nuevo acuerdo, y que ese es el verdadero espíritu de esta paz, en vez del radicalmente distinto que yo, por mi parte, le atribuyo” (Rodó, Actuación parlamentaria. JORGE SILVA CENCIO, 1972: 61-68).

El segmento siguiente forma parte del mismo discurso; su separación procura subrayar la importancia de su contenido. Faltaban 13 años para que la confrontación con el presidente Batlle se expresara en toda su dimensión, pero Rodó no se restringía en enviar señales de que el tipo de partido que tenía en la cabeza, distaba del partido hegemónico y jacobino de Batlle, que buscaba eternizarse en el poder.

“Siempre que me ha tocado hablar a la juventud de mi partido, o escribir sobre política de actualidad, no he tenido reparo en decir a mis correligionarios y mis amigos que el Partido Colorado debe renovar su predominio en la fuente legítima del sufragio, si se considera digno de seguir gobernando la República; porque después de cuarenta años consecutivos de gobierno, empieza ya a tomar los caracteres de una gran anomalía histórica esta perpetuación indefinida en el poder sin títulos saneados de legalidad” (Rodó, Actuación parlamentaria. SILVA CENCIO, 1972: 61-68).

### III – Ámbitos de un enunciador polémico y polemista

La prensa, la actuación parlamentaria y una profusa actividad epistolar, fueron, además de la publicación de sus cuatro libros, los ámbitos

a través de los cuales Rodó desplegó su enunciación. Sin llegar a dirigir un diario, la lista de aquellos en los que escribió es larga, tanto locales como extranjeros.

Sin especial vocación por la política, el más prolongado hilo conductor de su actividad —1903/1916— transcurrió en la Cámara de Diputados. Según Silva Cencio, la actuación de Rodó en el Poder Legislativo lo muestra con los “caracteres básicos de su actitud política y personal: tolerante, deseoso de servir al país, propulsor de la pacificación nacional, de la sustitución del odio interpartidario por la lucha cívica franca y leal y defensor de la organización legal de la república” (SILVA CENCIO, 1973:43).

El género epistolar lo cultivó cuidadosamente “durante toda su carrera, señala Emir Rodríguez Monegal, quien enumera una larga lista de corresponsales españoles, como Leopoldo Alas, Francisco Giner de los Ríos, Salvador Rueda, Rafael Barret, Rafael Altamira, Miguel de Unamuno y Juan Ramón Giménez, entre otros. La lista de los hispanoamericanos es más nutrida: Rubén Darío, Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, José Ingenieros, Francisco García Calderón, Leopoldo Lugones, Pedro y Max Henríquez Ureña, Carlos Arturo Torres, Alfonso Reyes, José Gálvez, etc. (RODRÍGUEZ MONEGAL, RODÓ, OC, 1967: 1319).

Su producción libresca abarca básicamente cuatro libros: Ariel (1900), Motivos de Proteo (1909), El Mirador de Próspero (1913), El Camino de Paros (póstumo, 1918).

Fue desde estos cuatro ámbitos desde donde Rodó estructuró un discurso que se proyectó mucho más allá del momento de enunciación. En aras de la brevedad registraré dos instancias ilustrativas de sus formas—incluso polémicas— en la construcción de su imagen pública.

La primera de ellas —1906— consistió en una prolongada y profunda polémica en torno a la eliminación de los crucifijos en los hospitales uruguayos. La confrontación comenzó con una carta de Rodó al diario La Razón —5 de julio— criticando la medida y la propia argumentación del gobierno que la había presentado como una medida liberal. Rodó, que no era católico, sostuvo que

la eliminación de los crucifijos no era un acto propio de un régimen liberal sino de un régimen jacobino. El pasaje más recordado del texto dice así: ‘¿Liberalismo? No: digamos mejor jacobinismo. Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa

que va incluida en toda legítima concepción del liberalismo, cualesquiera que sean los epítetos con que se refuerce o extreme la significación de esta palabra (DA SILVEIRA Y MONREAL, 2003: 72).

La publicación de la carta provocó malestar en el oficialismo, que respondió a través de “la directiva del Centro Liberal”, mediante una conferencia de Pedro Díaz “el 14 de julio de 1906 y la publicó poco más tarde con el título: *El crucifijo. Su retiro de las casas de beneficencia* (...) El texto de Díaz contiene una serie de ataques muy directos a Rodó, y a quienes defendían la presencia de los crucifijos en los hospitales, a la Iglesia Católica y a la propia representación de Cristo crucificado” (DA SILVEIRA Y MONREAL, 2003: 72).

Rodó respondió a la conferencia de Díaz, a través de 9 contrarréplicas, todas aparecidas en *La Razón*, entre el 4 y el 14 de setiembre de 1906. Escogió este tema en pleno proceso de secularización del Estado uruguayo, con plena conciencia de que enfrentaba al presidente que hizo de su anticlericalismo una de sus banderas, al punto de que su diario —El Día— escribía dios con minúscula. Probablemente Uruguay haya sido, a partir precisamente de Batlle y Ordóñez, el país que llevó más a fondo y más lejos el proceso secularizador, en una Iberoamérica de profunda tradición católica.

Curiosamente, el diario *La Razón*, fundado en 1878 se había definido como anticatólico y anticlerical: “Hemos creído de nuestro deber combatir por todos los medios legítimos las viejas preocupaciones religiosas, mostrando al pueblo los falsos fundamentos del catolicismo, su inicua historia, su inmoralidad presente y su ambición desmedida’, decía en su primer número” (ÁLVAREZ FERRETTJANS, 2008: 221).

No deja de sorprender que Rodó haya elegido para sustanciar su polémica con la política del oficialismo, a un diario anticatólico, y aun que el propio diario haya aceptado publicar sus nueve artículos que si bien discutían el presunto liberalismo del gobierno, defendían un símbolo religioso. Es un dato que habla de una época.

Veamos la segunda de las instancias anunciadas. Fue una ríspida situación vivida por Rodó en 1908 en el diario *El Siglo*, que había sido fundado en 1863, y fue definido por el analista de medios Daniel Álvarez Ferretjans como “el ejemplo más ilustrado y europeizante (que) exponía las últimas novedades literarias parisinas, la última moda en el confort o la vestimenta (...) el primer diario que sin abandonar sus posiciones políticas, intentó asumir decididamente el carácter de una empresa mercantil” (ÁLVAREZ-FERRETTJANS, 2008:176).

Rodó había sido invitado por el director de El Siglo, Santiago Fabini, a integrar el grupo de colaboradores. La aceptación de Rodó, según él mismo lo cuenta, se dio sin saber que ese grupo se reduciría a sólo cinco personas, por lo cual, cuando esto fue evidente, solicitó se retirara su nombre. Como el diario no dio muestras de atender el pedido, Rodó lo reitera, y ante una nueva muestra de indiferencia, escribe una carta al diario El Día, fechada el 7 de febrero de 1908 denunciando la situación públicamente.

Señor Director de El Día. —Estimado señor y amigo: El primer día de la inclusión de mi nombre en el grupo permanente de colaboradores que figura al frente de El Siglo, hice decir por dos conductos diferentes, a la Empresa y a la Dirección de aquel diario, que deseaba que mi nombre fuera eliminado, en virtud de las razones que se verán en la carta que más adelante transcribo. Como no se atendiese mi indicación, limitándose la empresa a publicar una advertencia según la cual “los colaboradores no tienen solidaridad con la propaganda del diario”, dirigí a mi amigo el señor Fabini la siguiente carta:

“Señor Don Santiago Fabini. —Mi distinguido amigo: Cuando solicitó usted mi colaboración para El Siglo, ignoraba que se tratase de la constitución de un grupo de sólo cinco colaboradores, cuyos nombres aparecerían permanentemente al frente del diario. Esta consignación permanente del nombre, entre los de cinco personas, de casi todas las cuales me apartan las más profundas y radicales diferencias en cuestiones fundamentales, no me parece conveniente. No se me oculta que cada colaborador conservará su independencia respecto de los otros y respecto de la Dirección; pero le confieso que, de la manera como se ha constituido ese grupo, forma un conjunto dentro del cual me siento “inadaptado”, tanto más cuanto que mi nombre es el único que rompe la uniformidad de ese conjunto. Permítame Vd., pues, que a pesar de la advertencia que hoy se publica, insista en que se prescinda de mi nombre, rogándole

quiera comunicar al doctor Ramírez el contenido de esta carta.

Sabe Vd. Que le aprecia de veras su affmo. amigo José Enrique Rodó”.

Como a pesar de esta carta, mi nombre sigue hoy apareciendo al frente del diario, sin duda por inadvertencia u olvido, deseo la publicación de estas líneas, agradeciéndola anticipadamente. De usted affmo. amigo — José Enrique Rodó. —S/c. Febrero 7 de 1908.

Entre los recortes del archivo de Rodó, hay un suelto de la edición de *El Siglo* del 8 de febrero, donde figuran los colaboradores (esta vez son cuatro y se ha excluido a Rodó): Dr. Carlos María de Pena, Dr. Martín C. Martínez, Dr. Eduardo Acevedo, Dr. José Irureta Goyena. Se trataba de cuatro prominentes ciudadanos que habían sido o serían posteriormente, ministros, embajadores, directivos de entidades nacionales, catedráticos universitarios, altos funcionarios. La instancia informa, que más allá de la elegancia y cortesía de sus formas, Rodó utilizaba tonos subidos si debía confrontar con adversarios empinados. No buscaba el confort del *mainstream*.

#### IV – “El líder de la representación proporcional contra el proyecto gubernista”

En este artículo se ha sostenido la conveniencia de abordar, sino las tesis, sí los temas que Rodó problematizó. Por lo pronto, la historiografía uruguaya tiene una profunda deuda con la sociedad a la que le ha escamoteado la producción de Rodó.

“La centralidad de Rodó entre sus contemporáneos quedó registrada en la prensa de la época, y está disponible en las colecciones de las publicaciones más importantes. Sin embargo, pese a la enorme evidencia acumulada, su actuación escapó a la consideración de los historiadores que escribieron los relatos de manejo masivo. ¿Qué le ha ocurrido a los historiadores con Rodó? La pertinencia de la pregunta es incontestable. ¿Cómo hicieron para obviar —es decir, pasar por el costado, ignorar— sin que sus razonamientos e hilações hicieran agua, tamaña mole documental?

¿Acaso intervinieron factores ajenos a la construcción de los saberes que cimentan una sociedad? ¿Hubo fallas de los mecanismos intelectivos que permiten comprender? ¿Quién se beneficia con esta omisión flagrante? La sociedad, la ciudadanía, seguro que no.

Rodó ha sido despreciado como objeto de estudio histórico, como si no hubiera realizado aportes dignos de mención en otro campo que no fuera el del pensamiento. Por esa operación inexplicable, Rodó aparece incomprensible y desintegrado. Pero si esa omisión lo vuelve al propio Rodó ininteligible, podría presumirse que a la inversa, la ininteligibilidad de Rodó potencia la ininteligibilidad de la Historia uruguaya” (MAZZONE, 2005: 31).

A través de sus múltiples vasos comunicantes, los casos en que la política influye e interfiere en la historiografía son innumerables. Las cautelas y precauciones del historiador probablemente sean con frecuencia insuficientes. En el caso uruguayo se ha construido un relato con categorías y preguntas del siglo XIX, en que ciertas concepciones políticas prevalecen nada veladamente sobre la verdad de los hechos históricos. El caso de Rodó es un ejemplo flagrante de una historiografía que todavía no se ha atrevido a formularse preguntas neutrales. La imagen pública de Rodó continúa cautiva de aquella concepción decimonónica.

El punto de máxima virulencia en la confrontación de los dos grandes líderes que fueron Rodó y Batlle, se extiende entre 1912 y 1916. En 1912, el entonces presidente interpuso su veto para impedir que Rodó presidiera la comisión que iba a representar al Uruguay en la celebración del centenario de la Constitución de Cádiz de 1812 y que se celebró en Cádiz en 1912. Rodó había representado al Uruguay en el centenario de la independencia de Chile (1910), y había recibido a Anatole France, en 1908; era el orador por excelencia. Que un político como Batlle haya optado por pagar el costo de exhibir su odio —digámoslo sin eufemismos— da una pauta de la dimensión del enfrentamiento. También daba cuenta de su inferioridad en el debate mayor y más decisivo de la reforma constitucional.

La intensidad y el encono del enfrentamiento crecía desde por lo menos 1903, y terminó expresándose en torno a la prolongada campaña por la reforma constitucional, que se sancionaría en la segunda presidencia de Batlle (1911/1915) con la convocatoria a una constituyente en

1916. Fue la más alta prioridad de la carrera política de Batlle y Ordóñez y por eso resultaría imperdonable que Rodó lo enfrentara aliándose con la oposición. En una carta de Rodó a Juan Antonio Zubillaga (21 de diciembre, 1911), Rodó dice:

“No le había contestado, esperando tener tiempo para acceder a su pedido; pero no sé si usted sabe que estamos en plena agitación parlamentaria y lidiando una batalla de importancia con motivo de la reforma constitucional. Me ha tocado ser el leader de la representación proporcional contra el proyecto gubernista, y tengo que intervenir diariamente en el interesantísimo debate que envuelve además otros puntos (...) Es una cuestión que interesa mucho a la opinión y en que, como le digo, el esfuerzo está en gran parte a mi cargo” (RODRÍGUEZ MONEGAL, 1967: 51).

El batllismo del siglo XXI se ha reducido drásticamente en términos electorales, pero mantiene una fuerte influencia en ciertas concepciones del Estado, en la conciencia de sectores medios de la sociedad uruguaya y en segmentos influyentes —dominantes— de la intelectualidad, entre ellos, quienes prevalecen en el campo historiográfico. Incluso historiadores europeos y estadounidenses que tomaron a Batlle y el batllismo como objetos de estudio, contribuyeron a fortalecer el mito del país modelo que Uruguay exportaba a mediados del siglo XX mientras crujían los goznes que anunciaban el quiebre institucional. La supervivencia de la imagen de Batlle por encima de la de Rodó, también se apoyó en la construcción política del batllismo, con eje en un monumental aparato partidario que llegó a gobernar 93 años seguidos y a menudo confundió sus intereses con los del Estado. El diario *El Día*, que Batlle había fundado en 1886 y lo sobrevivió después de su muerte en 1929, no pudo superar las crisis económicas del fin del siglo XX y dejó de circular en la década del 90. Empezaba el cierre de un ciclo que todavía no encuentra su punto de culminación.

Rodó desarrolló su carrera en medios gráficos, en base a una estrategia redaccional y gráfica que combinó el artículo de prensa con la epístola y el discurso político, con epicentro en temas de fuerte tensión que a menudo desencadenaron conflictos. Evidentemente nada homologaba los ejes discursivos de estos dos potentes rivales. Pero curiosamente, varios de sus biógrafos —incluso algunos de quienes no han tenido intención menoscabadora— han construido y divulgado un Rodó retraído,

tímido y ajeno a la confrontación. Incluso investigadores que trabajaron en su archivo y dedicaron muchas horas a observar su trayectoria, prolongaron esa creencia y la repitieron algo mecánicamente, sin advertir que el hombre al que endilgaban apocamiento, atraía, por el contrario, la suma de la atención de gran cantidad de detractores. La imagen pública de Rodó ha atravesado prolongados conos de sombra de distinta intensidad a lo largo de estos casi cien años. Y continúa a la espera de la justicia histórica.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ-FERRETTJANS, D. (2008) *Historia de la prensa en el Uruguay. Desde La Estrella del Sur a Internet*. Montevideo, Búsqueda, Fin de Siglo,
- BRAUDEL, F. (1994) *Las civilizaciones actuales*. México, Rei (primera reimpresión).
- DA SILVEIRA, P. Y MONREAL, S. (2003) *Liberalismo y jacobinismo en el Uruguay baillista. La polémica entre José E. Rodó y Pedro Díaz*. Montevideo, Taurus y Fundación Bank Boston.
- DEVÉS VALDEZ, E. (2000) *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Buenos Aires, Biblos.
- KRESS, G. (2004) *Linguistic Processes in Sociocultural Practice* citado en Ferguson, R. (2007) *Los medios bajo sospecha*. Barcelona, Gedisa. P. 51.
- MAZZONE, D. (2005) "Dos hombres en el callejón. Batlle - Rodó: los equívocos de la historia" en *Desenfocados*. Montevideo, Ediciones de la Plaza.
- REAL DE AZÚA, C. (1991) *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo, Arca.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, E. (1967) *Obras Completas de José Enrique Rodó*. México, Editorial Aguilar. Primera edición: 1957.
- SILVA CENCIO, J. (1972) *José Enrique Rodó, Actuación parlamentaria*. Recopilación, introducción y notas del autor. Cámara de Senadores de la República Oriental del Uruguay.
- SILVA CENCIO, J. (1973) *Rodó y la legislación social*. Montevideo, Biblioteca de Marcha.